

LA LECTURA LITURGICA DE LOS LIBROS HISTORICOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

PEDRO FARNES

1. La Biblia, libro inspirado en vistas a la celebración litúrgica

A diferencia de lo que ocurría hace solo unas décadas hoy la Biblia está habitualmente en manos de la mayor parte de fieles. La Biblia sirve hoy a la mayoría de cristianos tanto de alimento espiritual como de tema de estudio para la profundización de la fe. Pero hay que reconocer que junto a este hecho altamente positivo se da otro fenómeno que no lo es tanto: la mayor parte de lectores de Biblia acuden a ella más como a un libro del que extraen datos que como a escrito que se lee por sí mismo. Las citas bíblicas se ven sobre todo como la información, básica y fundamental, del quehacer teológico y de la vida de oración. Para facilitar este uso de la Biblia muchos se sirven incluso de diversos índices y vocabularios de “teología bíblica”; con ellos logran desentrañar con mayor facilidad los diversos temas de teología y de espiritualidad que se encuentran en las páginas inspiradas.

Este recurso frecuente a la Biblia hoy generalizado ha logrado que la teología y la oración fueran actualmente mucho más “cristianas” que las de épocas pasadas. Pero, por positivo y digno de encomio que sea este hecho, es preciso decir que el uso fundamental de la Biblia no es precisamente éste. La Biblia tiene fundamentalmente una finalidad distinta. Si Dios quiso que su Palabra revelada, que vivió primero en estado de tradición oral tanto en Israel como en la Iglesia, pasara luego a formar parte de un conjunto de libros, ello, por lo menos directamente, no fue en vistas a la obtención de datos para teología o de temas para la oración personal, sino fundamentalmente en vistas a su lectura comunitaria en la asamblea. Dicho de otra forma: los libros bíblicos fueron inspirados por

Dios en vistas a la celebración litúrgica. Esta lectura litúrgico-comunitaria es, pues, una realidad intrínseca a la Biblia, no algo añadido posteriormente. No es correcto, por tanto, considerar la Biblia primero como libro preexistente y autónomo en sí mismo y luego pensar en unos leccionarios litúrgicos que se organizan posteriormente tomando diversas perícopas de la Escritura Santa (como se hubieran podido tomar de otros escritos); es preciso ver la misma Biblia en su casi totalidad (hay algunas excepciones, como la carta de Pablo a Filemón) como leccionario litúrgico. Usar la Escritura como lectura personal y como tema de estudio teológico es, sin duda, legítimo, pero secundario.

Hay un hecho, hoy comúnmente admitido por los estudiosos, que confirma esta realidad: en la misma época en que nacen las Sinagogas se escriben también los actuales libros del Antiguo Testamento; esta coincidencia se debe sin duda alguna a que los libros bíblicos se escriben precisamente en vistas a su lectura en el culto sinagoga de la Palabra. Y algo muy parecido ocurre también con referencia al Nuevo Testamento: fue para perpetuar la presencia de los apóstoles y testigos del Señor en las asambleas litúrgicas por lo que se escriben los evangelios y las cartas apostólicas. El evangelio de Marcos, por ejemplo, no es sino el resumen escrito de la predicación de Pedro en las liturgias de Roma. Y si nos detenemos en las cartas de Pablo nos encontramos con un telón de fondo parecido: en ellas, en efecto, hallamos no pocas alusiones a su lectura comunitaria en la asamblea; incluso a veces se manda que el escrito leído en una comunidad se lea luego en otras reuniones culturales (cf. v. gr. Col 4,16).

2. La Biblia, libro para ser leído en la misma perspectiva con que fue escrito

Decir que la Escritura debe leerse, por lo menos fundamental y preferentemente, en la misma perspectiva con que fue escrita sería una pero-grullada a no ser por el hecho de que muchos parecen olvidar este principio. Muy probablemente la misma práctica litúrgica de seleccionar en determinadas ocasiones pasajes concretos de la Escritura —práctica antiquísima, sin duda alguna, pero posterior al uso litúrgico primitivo que consistía en usar los textos íntegros y seguidos— hizo que posteriormente se olvidara en la liturgia un principio presente siempre en otros contextos: cuando un autor escribe, lo que pretende es que su escrito se lea en el mismo orden y con la misma dinámica con que él compone su obra, no que de su escrito se entresaquen y aislen determinados pasajes que luego pueden presentarse para subrayar ideas marginales o incluso ajenas a lo que él pretendía comunicar. Este respeto a lo que un determinado autor pretende decir es, si cabe, más importante aún cuando, como en nuestro caso, el autor es Dios. Si Dios quiere comunicar a los hombres su pensamiento y para realizarlo inspira unos libros con el fin de que sean pro-

clamados en las asambleas de su pueblo, es evidente que estos libros deben leerse con fidelidad a la intencionalidad con que fueron inspirados y escritos, es decir, en la doble perspectiva de lectura continua, capítulo tras capítulo, y de lectura en asamblea comunitaria. Estas dos características son *intrínsecas* a la misma Biblia, no simples notas accidentales. Decir esto no significa negar que hayan otros posibles recursos a la Escritura; la Biblia, en efecto pueda usarse también con otras finalidades —responder, por ejemplo, a determinados interrogantes teológicos, iluminar la propia espiritualidad con pensamientos entresacados de la Palabra de Dios— pero sí es necesario insistir en que la Biblia es primordialmente para la Liturgia y que es en la Liturgia donde ella encuentra su lugar más propio.

Cuando más tarde se compusieron unos libros llamados “leccionarios litúrgicos”, con ellos no se pretendió hacer el libro litúrgico de la asamblea, dejando la Biblia para el estudio y para las lecturas privadas (visión que quizá algunos tienen hoy día); la finalidad de tales “leccionarios” fue simplemente organizar la lectura bíblica y facilitar una distribución equilibrada e íntegra de sus perícopas de manera que resultara más fácil escuchar a través de las diversas celebraciones del año el mensaje de Dios a su pueblo. A este respecto es interesante recordar que los más antiguos leccionarios se llamaban “comes” o “liber comicus”, títulos que significa “compañero” (del lector), y “libro que acompaña” (al lector), porque este ministro se servía de estos pequeños volúmenes para saber cómo distribuir las perícopas durante el año. El Leccionario, de hecho, era, pues, la Biblia; el “comes” se asemejaba más bien a lo que actualmente llamamos “Directorio” o “Gallofa”. Hoy podemos alegrarnos de que la reforma litúrgica haya devuelto a los nuevos leccionarios su carácter de servicio recuperando su funcionalidad en vistas a una proclamación íntegra de la Palabra de Dios, y no limitándose —como era deseo de algunos catequetas— a solo algunos fragmentos aislados de la Escritura en vistas a inculcar determinados aspectos preferidos de la teología o de la catequesis más en boga en determinados ambientes o momentos. Es innegable que con este proceder se logra un mayor respeto a la Palabra de Dios tal como él mismo la ha querido inspirar. Solo en casos extraordinarios —en las grandes solemnidades o en las celebraciones rituales— se combinan y proponen lecturas previamente seleccionadas en relación con algún punto doctrinal o esquema celebrativo concreto.

3. Un importante principio de la reforma litúrgica

La “Institutio” general de la Liturgia de las Horas en su apartado 146 presenta un principio, probablemente desapercibido para muchos, que, a nuestro juicio, es de la mayor importancia: el de que los leccionarios litúrgicos tengan como meta ideal lograr que “casi todos los libros de

la Escritura se lean cada año". Con este principio se recupera la práctica fundamental de proclamar la Palabra íntegramente, tal como fue inspirada, y además periódicamente, como fue la práctica primitiva según consta por no pocos indicios históricos que han llegado hasta nosotros.

Hay que decir, no obstante, que a este ideal de una lectura anual de toda la Escritura llegan únicamente los que celebran a diario tanto la misa como el Oficio de lectura. Con referencia a las otras comunidades, la reforma litúrgica —sin asumir materialmente la antigua costumbre de una lectura periódica e íntegra de toda la Escritura— ha adaptado, en cambio, su espíritu a las posibilidades de las diversas asambleas, distinguiendo con gran equilibrio entre personas y personas y entre perícopas y perícopas. Porque si bien es verdad que toda la Escritura es Palabra de Dios, no todas sus páginas, en cambio, tienen la misma importancia; ni se puede pretender que una madre de familia cristiana dedique a la Palabra el mismo tiempo que un monje o un ministro de la Palabra. Así la reforma, sin renunciar al principio básico de leer todos los libros respetando su dinamismo interno, ha ideado diversos tipos de leccionarios que van desde la lectura íntegra de cada uno de los libros en el Oficio de lectura, a una selección bastante completa de las perícopas de mayor importancia en lectura semicontinua (leccionario ferial de la misa) y finalmente a una antología más modesta, pero que abraza también la totalidad moral de los libros inspirados, en el leccionario dominical. Así, a intensidades distintas, todos los fieles, desde los monjes contemplativos y los ministros de la Palabra hasta los que únicamente puede celebrar la Palabra en los domingos, todos tienden al ideal de leer toda la Escritura en un lapso de tiempo más o menos largo.

4. El Pentateuco en 1985

Veamos como se realiza la lectura completa de la Escritura con referencia al Pentateuco (en otras ocasiones presentaremos la distribución de los otros libros) en esta año concreto).

Génesis: se lee este año en la misa, dividido en dos secciones: los once primeros capítulos desde el 11 hasta el 19 de febrero y los restantes desde el 25 de junio al 13 de julio. Conviene subrayar dos aspectos de esta lectura que pueden ayudar a una captación más inteligente del libro: a) la división en dos bloques responde muy bien a la naturaleza misma del Génesis: en efecto, los once primeros capítulos más que una historia constituyen una filosofía inspirada para iluminar los orígenes de la humanidad, resumiendo un conjunto de siglos de los que históricamente poco se sabe: en estos capítulos la Palabra de Dios invita a contemplar la creación, los orígenes del mundo y el curso de la historia, como fundamentalmente buenos y en manos de Dios y al hombre frecuentemente deficiente en su obrar; a partir del capítulo 12, en cambio, el libro cobra un matiz marcadamente histórico: nos relata la historia del pueblo elegido a

partir de la vocación de Abraham; b) la segunda nota que vale la pena subrayar es que, así como este año se propone en la lectura de la misa por una parte la filosofía de los orígenes y por otra la historia de los antiguos patriarcas, uniendo la lectura del Génesis a la de los restantes libros históricos de la Biblia hasta llegar a la monarquía, el año próximo, en el Oficio de lectura, el Génesis se presentará en un solo bloque —filosofía de los orígenes e historia de los primeros patriarcas hasta José— como introducción a los relatos del Exodo que se leerán aquel año durante la Cuaresma. Tenemos, pues, una misma lectura pero con dos enfoques muy distintos, que logran que este libro presente en ambas ocasiones una sugestiva nota de variedad y novedad.

Exodo: Se lee en la misa desde el 15 de julio al 1 de agosto, como continuación de la historia de los antiguos patriarcas. La finalidad de esta lectura es la de continuar la historia de la salvación que se inició con la vocación de Abraham. Aunque el Exodo sea por antonomasia el libro de la libertad del pueblo de Dios y de la pascua, estos matices se subrayan mucho más en la lectura que de este mismo libro se hará en el Oficio de lectura en la Cuaresma del año próximo. La lectura más breve de este año en la misa, en pleno tiempo ordinario, durante los meses de vacaciones, pueden ser un buen instrumento para reavivar el sentido pascual de toda la vida cristiana.

Levítico: De este libro se leen únicamente dos breves perícopas en la misa de los días 2 y 3 de agosto. Después de la lectura de Exodo estas perícopas presentan al culto como continuación-memorial de la liberación del Exodo. Una lectura más “ambientada” en la espiritualidad pascual y más amplia se presentará el año próximo durante la Cuaresma.

Números: Se lee también en la misa desde el 5 al 8 de agosto. Sólo se presentan cuatro breves perícopas que sirven como continuación de las narraciones del Exodo-Levítico; en el año siguiente este libro se leerá, como el Exodo, durante la Cuaresma en el marco de la contemplación de la liberación pascual; la lectura breve de este año en la misa puede servir como recuerdo de la espiritualidad pascual.

Deuteronomio: Este libro se lee el presente año en dos ocasiones y con dos matices distintos: la principal lectura de este libro, aquella en la que el escrito cobra todo su realce, es la que se hace durante la primera parte de la Cuaresma, desde el jueves de Ceniza hasta el sábado de la II semana de Cuaresma (21 de febrero — 9 de marzo). Se trata de una lectura marcadamente cuaresmal por dos motivos: a) porque se refiere a la liberación pascual y b) porque esta lectura se sitúa en el contexto de renovación de la alianza después de la infidelidad. El libro se escribe, en efecto, en el contexto de la deportación de Babilonia: Israel, que sufre el castigo de su infidelidad, medita en este libro lo que fue la epopeya de la salida de Egipto y propone convertirse. Para ello se imagina al gran liberador Moisés relatando la epopeya pascual e invitando a una relectura en

(Continúa en la página 26)